



UNA DE NOSOTRAS

SVETA ALUNA

Autora de *Stolpersteine* (Esquina tomada, 2020)

Foto Vanessa Machado

Dicen que nació en Vélez, Santander. Pero bien pudo nacer en Gangneung, Boston o Douglas. Las mujeres de allí jamás usarían las flores por lisonja. Tampoco la mano empuñada en contra de las otras. Antes darían su nombre, su historia y sus batallas a las gentes sin tumba ni mendrugo, a las anónimas devoradas por la lucidez extrema y la noche del odio. Dicen que fue novia de un poeta y esposa de otro dramaturgo y que tuvo una hija del teatro. Pero ella desdice de cualquier culto, aún el de la paz engalanada por los mercaderes. Nada más lejano de su actuar que la superioridad, aún la del magnánimo. Libertad, sin bayoneta, guiando al pueblo hacia la plaza pública para erigir a Manuelita. Entre comparsas y consignas sus acciones destiejen los abismos de clase y las opresiones de género. La fiesta está en la posibilidad de vencer el dolor y la violencia, en brindarnos juntas un germinar en afecto y abundancia de pareceres. Vivir sin miedo es la obra maestra del arte comprometido. El argumento: desarmar las palabras, los afectos y los privilegios. Sus guías de aventura se empeñan en generosidad y triunfos colectivos. Les acompañan las danzas y los trajes, sus voces naturales y sus gritos de justicia: *Una tierra para todas*. No más obediencia, la sana costumbre paterna de alimentarnos con mutismo. A la de Gangneung le impedían pintar las montañas sagradas. A la de Boston le pegaban la lengua a un cepo de alambres de púa. A la de Douglas la llamaban apenas un balbuceo. Cuidado, me dijo un día en Candelaria, *te quieren reducir a un pequeño espacio entre el fogón y las cobijas*. Corre, busca protección de ti misma, huye de tu sumisión. No sirvas más a quienes nos convirtieron en juguetes de carne desdeñable. La libertad que nos vendieron *debe coser y planchar sus banderas*. Con buenas intenciones se ha creado la patria, por amor al Señor y sus dominios. ¿Hasta cuándo vamos a aceptar más cuerpos mutilados de mujer? Levanta la mano, sube al escenario, pide la palabra. Es hora de actuar. La mujer que levanta las flores no busca las lisonjas. Es la señora que nos saluda en la calle, que nos compra los tomates y las cebollas. La misma que abre las puertas de su casa para que se aireen los espíritus. La mujer en la multitud que va de paseo con sus cantos y sus pájaros. Los lleva de vuelta a los barrios y hospitales, a las comunidades y cementerios. Si no lo sabes, le dicen Patricia Ariza, pero podríamos llamarla Saimdang, Sylvia, Ingrid, una de nosotras. ■